

SEPARATA DE TRABAJADORES / 8 DE OCTUBRE DEL 2018



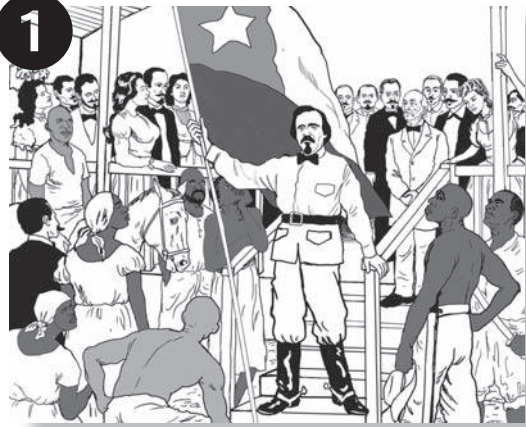
ANIVERSARIO 150

INICIO DE LAS GUERRAS
DE INDEPENDENCIA



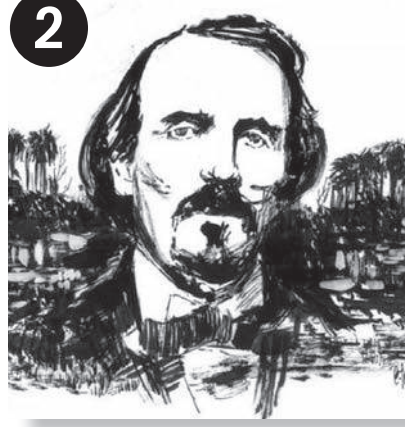


Diez episodios de la Guerra Grande



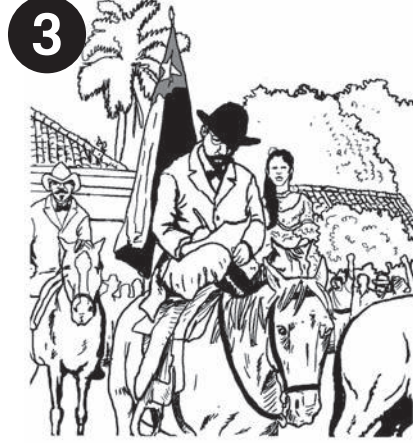
1 En Demajagua Céspedes destruyó los imposibles

Carlos Manuel de Céspedes les exigió a sus compañeros ponerse de pie, y el 10 de octubre de 1868 destruyó los imposibles. Por eso José Julián Martí, un muchacho habanero, comenzó así su poema: "No es un sueño, es verdad, grito de guerra...". Los mambises que sostuvieron la pelea en más de media Cuba durante diez años tuvieron que volverse superiores a ellos mismos, no solo a sus circunstancias.



2 Doce hombres bastan

El iniciador de la gesta y sus seguidores trataron de tomar Yara al atardecer del 11 de octubre. Los bisoños guerreros sufrieron un revés porque la localidad había sido ocupada poco antes por fuerzas españolas procedentes de Bayamo. Alguien le comentó la impotencia de la desastrada tropa. La respuesta de Céspedes fue inmediata: "¡Aún quedamos doce hombres, bastan para hacer la independencia de Cuba!".



3 Himno de combate

Los amigos conspiradores le habían solicitado a Perucho Figueredo un himno que, como *La Marsellesa*, enardeciera los ímpetus combativos. Inmediatamente concluyó la melodía y compartió la obra, tocada al piano, con sus cofrades. *La Bayamesa*, título original de la composición con la orquestación del maestro Manuel Muñoz, tuvo su primera audición pública en la Iglesia Mayor el 11 de junio de 1868, en la festividad del Corpus Christi. El gobernador militar de la plaza se dio cuenta de que la pieza distaba de responder a los códigos de la música sacra. Con Bayamo en manos de los revolucionarios, el 20 de octubre de 1868, Perucho completó su obra al dar a conocer los versos de lo que sería nuestro Himno Nacional.



4 El machete como poderosa arma de guerra

La primera carga al machete fue encabezada por Máximo Gómez el 26 de octubre de 1868, en Tien- da del Pino, a un kilómetro al oeste del poblado de Baire, en la antigua provincia oriental. Esta acción provocó sorpresa y terror a los soldados españoles, quienes sufrieron numerosas bajas. El resto se dispersó y se refugió en Baire. El machete, hasta entonces instrumento de trabajo, se convirtió a partir de ese momento en poderosa arma de guerra.



5 En Bayamo el enemigo solo encontró cenizas

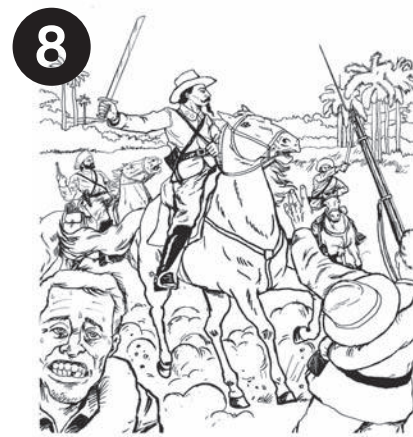
Después de la derrota de los mambises en Saladillo, la pérdida de Bayamo se hizo inminente. Los habitantes de la villa, en asamblea pública, tomaron la heroica decisión de quemar la ciudad antes de que esta volviera a caer en manos del ejército español. El 12 de enero de 1869, los bayameses, con gran dignidad y valentía, redujeron Bayamo a cenizas. Cuando el conde de Valmaseda entró en la villa, la encontró así.



6 La estatura de un estado independiente

El 10 de abril de 1869 dio inicio la primera Asamblea Constituyente cubana. Los representantes de las regiones insurrectas aunaron sus esfuerzos y lograron presentar un frente único de combate a la metrópoli española. La nación cubana en formación salió de Guáimaro elevada a la estatura de un estado independiente. El movimiento revolucionario se anotó

un decisivo paso de avance en la formación nacional y en el desarrollo de la conciencia patriótica, al emprender la tarea de sustituir la despótica estructura política colonial por un sistema basado en los principios republicanos y democráticos, plasmados definitivamente en una Constitución, donde —como advirtiera Martí— "puede haber una forma que sobre, pero no hay una libertad que falte".



8 Batalla de Las Guásimas

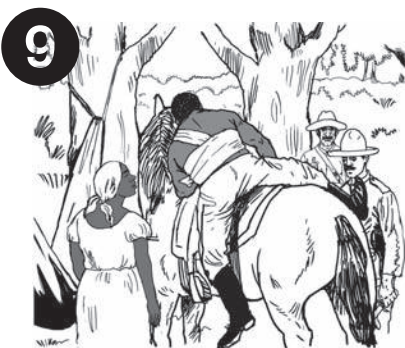
Del 15 al 19 de marzo de 1874 se libró la batalla de Las Guásimas de Machado. Una columna de 3 mil hombres del ejército español al mando del general de brigada Manuel Armiñán avanzaba por la zona. El general Máximo Gómez tomó la iniciativa y penetró en el potrero de Las Guásimas el 15 de marzo. La tropa española fue constantemente hostilizada y aunque recibió un refuerzo de 2 mil soldados que acudieron en su ayuda, tuvo que retirarse. Las bajas españolas fueron de mil 37 entre muertos y heridos, además de la pérdida de caballos, fusiles, sables, abundantes municiones y otros pertrechos. Los cubanos tuvieron 175 bajas. Esta batalla constituyó una de las más costosas derrotas de España en Cuba.



Marchaba lento el escuadrón riflero;/ ciento veinte soldados de la España/ que llevaban, cual prueba de su saña,/ a Sanguily, baldado y prisionero.// Y en un grupo forjado por Homero,/ treinta y cinco elegidos de la hazaña,/ alumbraron el valle y la montaña/ al resplandor fulmineo del acero.// Alzóse un yaguarama reluciente,/ se oyó un grito de mando prepotente/ y un semidiós, formado en el combate,/ ordenando una carga de locura,/ marchó con sus leones al rescate/ ¡y se llevó al cautivo en la montura!

7 La proeza de un rescate

Este hecho heroico ocurrido en octubre de 1871 y protagonizado por Ignacio Agramonte, fue recordado en el soneto titulado *El rescate de Sanguily* escrito por Rubén Martínez Villena:



9

escolta que encabeza su hermano, el teniente coronel José Maceo, Antonio es curado por María, su fiel compañera. Antonio sobrevive milagrosamente y dirige su pequeña escolta, luego de que son delatados por un traidor y varias patrullas españolas suben al monte para capturarlo. Llevado en hombros sobre una camilla, al pie de la cual se mantiene María, el Titán de Bronce es trasladado de un lugar a otro por sus hombres, que se baten día y noche sin comer y sin dormir. Cuando el 27 de septiembre los soldados españoles se disponen a apoderarse de él, con un esfuerzo sobrehumano, Antonio se abraza al cuello del caballo que ha pedido le mantengan al lado de su camilla y escapa al galope hacia el monte.

Odisea y escapatoria de Antonio Maceo

Al ser herido gravemente el 6 de agosto de 1877 en el combate de Mangos de Mejía, Mayarí, Antonio Maceo es rescatado por sus compatriotas y llevado a la casa del doctor Félix Figueredo, quien logra reanimarlo, aunque sin concebir la más remota posibilidad de salvación, pues tiene varias heridas profundas, la mayoría en el pecho. Cuidado por una pequeña



10 Protesta de Baraguá

El 15 de marzo de 1878 en horas de la mañana se celebró en Baraguá la entrevista, entre el Titán y el general en jefe del Ejército Español de Operaciones en Cuba, Arsenio Martínez Campos. Maceo le planteó su desacuerdo con el Pacto del Zanjón, lo cual fue apoyado por los oficiales mambises que lo acompañaban y no le permitió siquiera al español dar lectura al documento. La Protesta resultó la respuesta política que volvió a colocar en primer plano los objetivos básicos de la Revolución cubana contenidos en el Manifiesto del 10 de Octubre y enarbolados durante diez años de lucha.



| 1868-1878

Enaltecer a los muertos y enseñar a los vivos

Son palabras de Martí en su estudio de la Guerra de los Diez Años, génesis de su concepción unitaria

| Ibrahim Hidalgo Paz, Doctor en Ciencias Históricas

JOSÉ MARTÍ no pudo incorporarse al Ejército Libertador en la Guerra de los Diez Años, pero el adolescente se hizo hombre en el combate con las armas de las ideas. El desarrollo de la contienda en los campos de Cuba fue para él objeto de estudio, afanado en exaltar la memoria heroica, y en comprender las causas que impidieron el triunfo, no obstante la disposición de hombres y mujeres al sacrificio por la patria, y del talento militar adquirido en el bregar combativo.

¿Qué había faltado?, se preguntaban algunos. ¿Qué había fallado?, interrogaban otros. Para Martí, las respuestas se hallaban en la compleja realidad de un país sometido durante tres siglos por una potencia colonial que había impuesto estructuras sociales y políticas excluyentes y discriminatorias, sustentado en el trabajo esclavo, contra las cuales se alzó el pueblo cubano, decidido a liberarse del dominio ibérico. Visto el proceso de conjunto, estimó como el elemento decisivo que contribuyó al fracaso de aquel intento, el centro de todos los errores, la falta de unidad de las fuerzas disímiles que coincidían, sin embargo, en el propósito de alcanzar la independencia y abolir la esclavitud.

La concepción unitaria martiana tiene su génesis en el estudio del proceso revolucionario iniciado en Demajagua. El joven patriota no era un observador pasivo, ni un analista desapasionado o imparcial. Era, en sus profundas convicciones, en sus sentimientos y en su cuerpo marcado por el grillete carcelario, un hombre del 68, un combatiente civil de aquella larga contienda. Sus conclusiones eran el fruto del análisis de los grandes acontecimientos y de la vida cotidiana, de las contradicciones políticas y de los hombres en pugna, de los más puros intereses y de los egoísmos criminales, el espionaje y las traiciones. Sus indagaciones carecían de los juicios previos que otros anteponían al examen de personalidades o de actitudes ante los hechos más diversos en que aquellas se vieron inmersas.

Con relación a la década heroica había reunido información suficiente para escribir un libro que quedó, como muchos de sus propósitos autorales, en hojas extraviadas. A mediados de 1878, “tenía casi terminada (...) la historia de los primeros años de nuestra Revolución!” (J.M.: *Epistolario*, t. I, p. 124). Sus conversaciones con testigos de los hechos le permitieron el acercamiento a temas controvertidos. En un borrador de carta, escrito en 1877, indaga sobre la deposición del Presidente: “Qué cargos principales pueden hacerse a Céspedes, qué razones pueden darse para su defensa”; y pide datos referentes a otro asunto no menos complejo, que revela las diferencias entre los patriotas: “Necesito saber qué fue una carta que Ignacio Agramonte envió a Céspedes sobre renuncia de mando y mantenimiento de pensión.” (J.M.: *Epistolario*, t. I, pp. 83-84).

No eludía las contradicciones internas, los enfrentamientos en el seno del proceso revolucionario, lo que da la medida de su información sobre las causas conducentes al final de la contienda, así como la profundidad con que valoraba estas tensiones políticas, confiando en que su estudio podría “enaltecer a los muertos y enseñar algo a los vivos” (J.M.: *Epistolario*, t. I, p. 125).



Esto pretendió en su exposición analítica conocida como *Lectura en Steck Hall*, continuada y ampliada en otros muchos discursos, artículos y en anotaciones personales. No hay en Martí una visión idílica de la Guerra Grande, desligada de los intereses que movían a los diferentes sectores en pugna; al contrario, devela las bases económicas de actitudes vergonzosas de quienes prefirieron “salvar la vida y proteger el crecimiento del caudal”, sobre todo en el occidente del país, donde “con la mayor seguridad de la producción fue en beneficio suyo”, de aquellos dueños de riquezas incrementadas a costa del sufrimiento de las mayorías sometidas al régimen colonial. Los continuadores de esta política, al término de la contienda, habían “convertido hoy en cuestión de finanzas azucareras todas las graves cuestiones de la Isla” (J.M.: *Epistolario*, t. I, p. 197).

Dirigió su atención a las contradicciones presentes desde el arranque mismo del enfrentamiento bélico, pues las fuerzas revolucionarias de Oriente, Camagüey y Las Villas manifestaban marcadas diferencias, vencidas, solo en parte, cuando los representantes de estas regiones coincidieron en Guáimaro y llegaron a acuerdos beneficiosos para los intereses de la patria en peligro, con la finalidad de unir voluntades y recursos, lo que fue plasmado en la Carta Magna, uno de cuyos objetivos era someter a la ley supuestas o reales ambiciones dictatoriales y tendencias caudillistas. Pero la primera Constitución contenía deficiencias y limitaciones advertidas por Martí: “En los modos y en el ejercicio de la carta se enredó, y cayó tal vez, el caballo libertador”. No obstante el error de “ponerles pesas a las alas, en cuanto a formas y regulaciones”, valoró como justas las intenciones de los autores de las páginas guadoras, en las cuales “puede haber una forma que sobre, pero donde no hay una libertad que falte” (OC, t. 4, pp. 383 y 386).

En el ejercicio de aquellas libertades surgieron inevitables divergencias y contradicciones. Las relaciones entre Céspedes y Agramonte ofrecían un ejemplo del enfrentamiento de opiniones dentro de un mismo sentimiento patriótico. Señaló en uno y otro diferencias de carácter, de procederes, de actitudes, bondades y defectos,

pero ambos eran hombres indispensables para el bien de la patria, pues “en el arranque del uno y en la dignidad del otro” quedará para la valoración histórica “asunto para la epopeya” (OC, t. 4, p. 358).

Las puras motivaciones no fueron suficientes para impedir el fracaso, “porque no estuvo al nivel de los arranques del sentimiento la organización de la política”. El Maestro, cuya larga estancia fuera de Cuba le permitió conocer pasado y presente de su entorno, consideraba que durante la Guerra Grande había sido funesto el divorcio entre las emigraciones y quienes luchaban en territorio insurrecto o colaboraban con estos desde las ciudades. La conclusión, cuando organizaba el nuevo intento bélico, era un llamado de alerta y un programa de acción: “Lo que sucedió en las emigraciones, no volverá a suceder. La guerra no irá por un lado, y las emigraciones por otro” (OC, t. 2, p. 279). En la Isla y fuera de esta, la guía política debía coincidir en el propósito de dedicar esfuerzos y recursos a la contienda, sin temores infundados.

Martí no distribuía culpas ni absoluciones al valorar el fracaso de la década heroica, sino analizaba la presencia de intereses en pugna dentro del campo insurrecto como causa principal de la división interna que hizo posible prevalecer la tendencia contraria a la continuación del enfrentamiento bélico. Habían surgido, del crisol de la guerra, nuevas fuerzas de origen popular que pugnaban por lograr objetivos no coincidentes con quienes, aunque ocupaban posiciones en la dirección revolucionaria, se mostraban temerosos de un futuro incierto para sus aspiraciones, en caso de que aquellos elementos de variada pigmentación —exesclavos y libertos, campesinos y trabajadores, letrados e iletrados—, ascendieran aún más en la escala social y política gracias a sus méritos en las batallas, y marcaran el rumbo tras la posible victoria sobre el colonialismo.

Consideraba que en las pugnas internas “pudieron más (...) los intereses y hábitos criados en su ejercicio (de la guerra), y las pasiones de mando y de localidad que desfiguran y anulan los más bellos arranques”. Fueron estos, entre otros, “los elementos que produjeron antes nuestro desorden y derrota” (OC, t. 4, p. 249). La espada combativa no fue arrebatada por el adversario: “No nos la quitó nadie de la mano, sino que la dejamos caer nosotros mismos” (OC, t. 4, p. 248). Los valerosos combatientes “rindieron las armas a la ocasión funesta, no al enemigo” (OC, t. 1, p. 31).

El Pacto del Zanjón fue consumado “por causas más individuales que generales (...) y que a engaños y a celos se debieron, más que a cansancio y flojedad de los cubanos”. El término de las hostilidades no había sido el resultado de un proceso de confrontación de voluntades conocidas, sino “una paz tan misteriosamente concertada, tan inesperadamente hecha, y por unos y otros tan recelosamente recibida” (OC, t. 4, p. 197), que provocó el rechazo de los patriotas más intransigentes, representados por el general Antonio Maceo, quien encabezó la Protesta de Baraguá, gesto cuyo simbolismo patriótico y revolucionario llega hasta nuestros días, calificado por Martí como “de lo más glorioso de nuestra historia” (OC, t. 2, p. 329).

El concepto de unidad patriótica y revolucionaria, junto a los métodos de dirección democráticos que lo sustentan, hallan su génesis en el estudio de la Guerra Grande y se encuentran presentes en toda la obra política de José Martí.

Versión abreviada del texto *José Martí: unidad patriótica*.



Céspedes, Martí y Fidel

En el Manifiesto de la Junta Revolucionaria de la Isla de Cuba, dirigido a sus compatriotas y a todas las naciones, fechado en Manzanillo, el 10 de octubre de 1868, y suscrito por el general en jefe Carlos Manuel de Céspedes, se declara:

“Al levantarnos armados contra la opresión del tiránico gobierno español, siguiendo la costumbre establecida en todos los países civilizados, manifestamos al mundo las causas que nos han obligado a dar este paso, que en demanda de mayores bienes, siempre produce trastornos inevitables, y los principios que queremos cimentar sobre las ruinas de lo presente para felicidad del porvenir.

“Nadie ignora que España gobierna la isla de Cuba con un brazo de hierro ensangrentado; no solo no la deja seguridad en sus propiedades, arrogándose la facultad de imponerla tributos y contribuciones a su antojo, sino que privando la privada de toda libertad política, civil y religiosa,

sus desgraciados hijos se ven expulsados de su suelo a remotos climas o ejecutados sin forma de proceso, por comisiones militares establecidas en plena paz, con mengua del poder civil. La tiene privada del derecho de reunión como no sea bajo la presidencia de un jefe militar; no puede pedir el remedio a sus males, sin que se la trate como rebelde, y no se le concede otro recurso que callar y obedecer.

“La plaga infinita de empleados hambrientos que de España nos inunda, nos devora el producto de nuestros bienes y de nuestro trabajo; al amparo de la despótica autoridad que el gobierno español pone en sus manos y priva a nuestros mejores compatriotas de los empleos públicos, que requiere un buen gobierno, el arte de conocer cómo se dirigen los destinos de una nación; porque auxiliada del sistema restrictivo de enseñanza que adopta, desea España que seamos tan ignorantes que no conozcamos nuestros sagrados derechos, y que si los conocemos no podamos reclamar su observancia en ningún terreno.

“Amada y consideraba esta isla por todas las naciones que la rodean, que ninguna es enemiga suya, no necesita de un ejército ni de una marina permanente, que agotan con sus enormes gastos hasta las fuentes de la riqueza pública y privada; y que sin embargo España nos impone en nuestro territorio una fuerza armada que no lleva otro objeto que hacernos doblar el cuello al yugo férreo que nos degrada.

“Nuestros valiosos productos, mirados con ojeriza por las repúblicas de los pueblos mercantiles extranjeros que provoca el sistema aduanero de España para coartarles su comercio, si bien se venden a grandes precios con los puertos de otras naciones, aquí, para el infeliz productor, no alcanzan siquiera para cubrir sus gastos: de modo que sin la feracidad de nuestros terrenos, pereceríamos en la miseria.

“(…). Cuando un pueblo llega al extremo de degradación y miseria en que nosotros nos vemos, nadie puede reprobarle que eche mano a las armas para salir de un estado tan lleno de oprobio”.

Homenaje del adolescente José Martí al 10 de Octubre

José Martí se comprometió muy temprano con la causa independentista de su patria. Tenía apenas 16 años cuando escribió este soneto que fue publicado a principios de 1869 en el periódico manuscrito El Siboney, que era repartido entre los estudiantes de segunda enseñanza de La Habana:

¡10 de Octubre!

No es un sueño, es verdad: grito de guerra/ Lanza el cubano pueblo, enfurecido;/ El pueblo que tres siglos ha sufrido/

Cuanto de negro la opresión encierra.// Del ancho Cauto a la Escambráica sierra,/ Ruge el cañón, y al bélico estampido,/ El bárbaro opresor, estremecido,/ Gime, solloza, y tímido se aterra.// De su fuerza y heroica valentía/ Tumbas los campos son, y su grandeza/ Degrada y mancha horrible cobardía.// Gracias a Dios que ¡al fin con entereza/ Rompe Cuba el dogal que la oprimía/ Y altiva y libre yergue su cabeza!

Una sola Revolución

En su discurso por el centenario del 10 de Octubre, el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz se refirió a la trascendencia de esa efeméride:

“¿Qué significa para nuestro pueblo el 10 de Octubre de 1868? ¿Qué significa para los revolucionarios de nuestra patria esta gloriosa fecha? Significa sencillamente el comienzo de cien años de lucha, el comienzo de la revolución en Cuba, porque en Cuba solo ha habido una revolución: la que comenzó Carlos Manuel de Céspedes el 10 de Octubre de 1868. Y que nuestro pueblo lleva adelante en estos instantes.

“Y los hechos históricos demostraron que aquella decisión era necesaria, que aquella resolución iba a prender precisamente la chispa de una heroica guerra que duró diez años; una guerra que se inició sin recursos de ninguna clase por un pueblo prácticamente desarmado, que desde entonces adoptó la clásica estrategia y el clásico método para abastecerse de armas, que era arrebátandose las al enemigo.

“En la historia de estos cien años de lucha no fue la única ocasión en que nuestro pueblo, igualmente desprovisto de armas, igualmente impreparado para la guerra, se vio en la necesidad de lanzarse a la lucha y abastecerse con las armas de los enemigos. Y la historia de nuestro pueblo en estos cien años confirma esa verdad axiomática: y es que si para luchar esperamos primero reunir las condiciones ideales, disponer de todas las armas, asegurar un abastecimiento, entonces la lucha no habría comenzado nunca; y que si un pueblo está decidido a luchar, las armas están en los cuarteles de los enemigos, en los cuarteles de los opresores.

“Y esta realidad, este hecho, se demostró en todas nuestras luchas, en todas nuestras guerras.

“(…). Sabido es cómo se desarrolló aquella guerra. Sabido es que muy pocos pueblos en el mundo fueron capaces o tuvieron la posibilidad de afrontar sacrificios tan grandes, tan increíblemente duros, como los sacrificios que soportó el pueblo cubano durante aquellos diez años de lucha.

“(…) en el momento en que aquella lucha de diez años iba a terminar surge aquella figura, surge el espíritu y la conciencia revolucionaria radicalizada, simbolizada en ese instante en la persona de Antonio Maceo, que frente al hecho consumado del Zanjón —aquel Pacto que más que un pacto fue realmente una rendición de las armas cubanas— expresa en la histórica Protesta de Baraguá su propósito de continuar la lucha, expresa el espíritu más sólido y más intransigente de nuestro pueblo”.